

J. M. McPherson

Battle Cry of Freedom: The Civil War Era

Oxford University Press, 1988. (904 págs.)

La obra que comentamos no es una más sobre la Guerra Civil Americana. Es un estudio riguroso de obligada lectura. La mayoría de los detalles que expone también están recogidos en los más de 50.000 libros que se han publicado sobre esta contienda. El acierto de McPherson está en que ha hecho una labor sintética, y analítica al mismo tiempo, de las más diversas teorías y disciplinas. El lector se encuentra con un volumen dedicado a la historia política, militar, social y económica de Estados Unidos. La econometría, el papel de la mujer, los indios... son aspectos que también ha incorporado.

El profesor McPherson comienza su libro con la rendición de la ciudad de Méjico a las tropas americanas en 1847. Inmediatamente surgió una pregunta: ¿iba a permitirse la esclavitud en los inmensos territorios conquistados a Méjico? Aquí se encuentra uno de los embriones de la guerra. A este suceso se va uniendo una cadena de acontecimientos que llevaría irremediamente a la refriega fratricida: el desmantelamiento del partido *Whig*, la promulgación de la *Fugitive Slave Act*, la publicación de *Uncle Tom's Cabin*, el intento de anexión de Cuba como estado esclavista adicional, la corrupción de la administración Buchanan, etc.

En la lectura de este grueso volumen de 900 páginas el lector no tiene ocasión de aburrirse. El autor establece ilustrativas comparaciones con otras guerras. Así, el número de bajas de una de las batallas de la Guerra Civil es cua-

tro veces superior al correspondiente al día D del desembarco de los americanos en Normandía en 1944. La Guerra Civil supuso más muertos para América que el resto de las otras guerras juntas. La cifra de soldados que murieron de enfermedad dobla a la que se refiere a los heridos mortales o caídos en el campo de batalla.

La guerra, nos recuerda el autor, fue sobre todo un conflicto político no exento de contradicciones. Un ejemplo lo tenemos en el planteamiento de los secesionistas al afirmar que la libertad sólo podía ser salvaguardada por el mantenimiento de la esclavitud. McPherson expone con ecuanimidad los planteamientos republicanos y demócratas, analiza con independencia los argumentos favorables a la esclavitud, y traza resueltamente la evolución que llevaría a la Proclamación de la Emancipación.

El autor se detiene bastante en los prolegómenos de la guerra. Es en la página 264, con la descripción del bombardeo de Fort Sumter, donde inicia la narración de batallas, generalatos, bajas, bloqueos, etc. Los sucesos de Fort Sumter, en abril de 1861, y la elección del virtualmente desconocido republicano Lincoln motivaron la unificación de los estados del Sur.

Al menos en su inicio, la guerra fue una cuestión de aficionados. Y sobran anécdotas. Clad se obsesionó con la idea de cómo debía ser un uniforme. Johnny Reb desdeñó a la clase política *yankee* y la tachó de cobarde. Fue en la batalla de Bull Run (Manassas), en Julio de 1861, cuando por primera vez se escuchó el *rebel yell*. «There is nothing like it», comentó un veterano del Norte, «this side of infernal region». Quizás. Pero no ayudó a los confederados en la misma medida que la dura ordenanza de

éstos benefició al Norte en posteriores batallas. Al final del primer año de guerra Shiloh estableció el tono para el resto del tiempo que duró el conflicto. El número de muertos y heridos ya no era el de unos cientos sino el de 20.000. Ninguna de las partes podía atribuirse la victoria o la derrota. El general Sherman, en una carta dirigida a su mujer, le decía que no podía olvidar «the piles of mangled bodies without heads or legs».

Pero lo peor todavía no había llegado. En Antietam, en septiembre de 1862, los confederados sucumbieron lo mismo que «the grass falls before the scythe». Lee retó a McLellan, general del Norte, a un nuevo enfrentamiento. McLellan no informó de su victoria a la superioridad y rechazó la «invitación» de Lee. Éste huyó con sus tropas diezmadas a Virginia.

Sin embargo sería la victoria de Grant en Gettysburg, en Julio de 1863, la que demostró que el Norte también tenía buenos generales. Desde entonces la guerra se puso en contra de Sur. La victoria final de la Unión aseguró que la visión que el Norte tenía de la sociedad americana era la que se iba a imponer. Antes de 1861 daba la impresión de justamente lo contrario. La clave fue Lincoln. Lincoln general y Lincoln presidente; Lincoln maestro incomparable de prosa y de criterios atinados; el Lincoln que fue trágicamente asesinado antes de que pudiera saborear los frutos que había sembrado.

Aunque el Presidente siempre pensó que la esclavitud era nefasta, su sentido político era de tal embergadura que se vio obligado a anunciar en un principio que no era su intención interferir en los estados en los que la esclavitud estaba reconocida. Sin embargo, trans-

currido un año, y viendo que la postura del Sur era firme, se vio obligado a condenar públicamente la esclavitud. En su discurso de Gettysburg afirmó que la Constitución, según la habían escrito los Padres Fundadores y bajo la cual Estados Unidos se había convertido en el mayor país esclavista del mundo, tenía que ser reformada.

¿Por qué perdió el Sur? La respuesta habitual suele ser la de señalar la superioridad de recursos humanos y material del Norte. La relación de tropas era de tres hombres a uno a favor del Norte que controlaba, además, el 90% de la industria. ¿Cómo podía perder?

Esta pregunta es de fácil respuesta para el Profesor McPherson que se refiere a la Guerra de Independencia Americana como ejemplo de cómo un país pequeño y sin recursos puede vencer a una nación poderosa. Lo que se necesita es tener la convicción de que se está en lo cierto y ésto, a pesar de su orgullo y de su valor incomparables, en el fondo no se lo creían los sureños. La historia y la moral pública se les habían puesto en contra.

Esta lucha a muerte entre hermanos, entre tanta miseria, con tanta pérdida de vidas, es una triste historia. Cuando la guerra terminó más de un millón de hombres estaban movilizados. Los avances de la tecnología americana, como la aparición de armamentos más perfeccionado, habían transformado el poder destructor de las tropas que habían comenzado la lucha con armas rudimentarias.

No obstante, del conflicto se derivó algo bueno al final. Los estados que en un principio estaban asociados en una Unión federal con un gobierno central débil pasaron, a consecuencia de la

guerra, a constituir la nación que surgió en 1865. «Preserve the Union» fue el grito de guerra de Lincoln. Y estaba en lo cierto. Ninguna nación podía existir con gobiernos múltiples; unos partidarios de la esclavitud, otros detractores de la misma.

El mérito del Profesor McPherson reside en su narración gráfica y conmovedora en la que no sólo nos facilita los hechos sino que también nos hace sentir, sin necesidad de recurrir a la retórica o a la oratoria, la miseria y la magnitud de aquella refriega sangrienta. La subida al poder de los republicanos en el Norte fue lo que motivó que el Sur se levantara en armas con un ardor obstinado. Lo que proclamaban los republicanos —capitalismo competitivo, igua-

litario y de mercado libre— era anatemática para el concepto sureño de cómo debía entenderse la vida. ¿Qué clase de nación americana hubiera surgido si el Sur hubiese ganado la guerra?

En la lectura de este libro nunca se observa que su autor es un norteamericano nacido en North Dakota, educado en Minnesota y ahora enseñante en Princeton. McPherson llega a demostrar lo que se propone al comienzo de su obra: Estados Unidos inició la guerra como unión y salió de ella como nación. Uno de los puntos que el libro se ocupa de dilucidar en qué consiste la diferencia entre ambos términos.

Juan José Lanero Fernández

